

**Tu sonrisa
me contó
esta historia**

ALICIA MATAS

**Tu sonrisa
me contó
esta historia**

ALICIA MATAS



EDICIONES **KIWI**

EDICIONES KIWI, 2023
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, noviembre 2023

IMPRESO EN LA UE

ISBN: 978-84-19939-11-1

Depósito Legal: CS 799-2023

© del texto, Alicia Matas

Corrección, Carol RZ

Código THEMA: FR

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.

www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para Miriam,
Serendipia siempre será el hogar al que
podrás ir cuando te sientas perdida.

Breve nota de la autora

Antes de que comiences a leer esta historia, querría decirte que Hayland es ese pintoresco rincón con encanto en el que todos debemos perdernos, aunque sea una única vez en la vida. Es ese pueblo que nos regala una historia especial, una experiencia inolvidable o un mágico encuentro con alguien a quien no olvidamos por muy lejos que vayamos. Es el lugar que convierte un verano corriente en una postal de ensueño y que luego recordamos cada cierto tiempo, para siempre sacarnos la sonrisa más auténtica. Es también el hogar que *todo lo tiene y todo lo cura*, ya que a veces tenemos que perdernos para volver a encontrarnos de nuevo.

Esta historia transcurre en un pueblo ficticio, pero sus lugares se nutren de realidad igual que el Muelle de Hayland, que está inspirado en el Muelle del Tinto (Huelva), un lugar mágico y de gran valor sentimental para esta autora. Todos los sitios que conforman Hayland son inventados, pero guardan relación con lugares reales que despiertan un recuerdo especial e imborrable.

En definitiva, solo deseo que Hayland se convierta en el hogar al que siempre puedas regresar, pase el tiempo que pase.

«...los rostros de los seres a quien mejor hemos conocido, los hemos visto desde tantos ángulos, bajo tantas luces y dotados de tantas expresiones (paseando, durmiendo, riéndose, llorando, comiendo, hablando o pensando), que todas estas impresiones se nos enmarañan simultáneamente, dentro de la memoria y quedan confundidas en un simple borrón. Pero su voz está todavía viva. Su voz añorada que en el momento menos pensado me puede convertir en un niño que se echa a llorar».

Una pena en observación,
C. S. Lewis

Me entristece pensar que estas palabras serán las últimas que escribiré a partir de este instante. He aprendido a llevarlas ocultas durante años e incluso me he convencido de que las personas ya no suelen leerlas con la atención que merecen. Existen grandes verdades escondidas detrás de insignificantes líneas y son estas mismas las que jamás te he revelado en vida.

Sé que quieres escribir una historia que importe, lo he sabido desde el primer momento en que te conocí. Esa pasión tuya por la escritura y el modo en que siempre has visto aquello que pasaba inadvertido son las razones por las que hoy te escribo.

Quiero que sangres, que destiles tinta, que te dejes la piel en esa historia que está esperándote a la vuelta de la esquina, que mires ese borrador y sientas que has dado todo de ti, porque así es como se escriben las historias que nos marcan. Sé que he sido un misterio en ocasiones y que a veces has tenido la impresión de que no me has conocido del todo durante estos años, pero he sido recelosa con las palabras precisamente para que no pudieran lastimarme. Sin embargo, no me perdonaría abandonar este mundo teniendo la sensación de que no me conoces. Por eso cada exclamación escrita y cada letra construida en este diario no son más que partes de mi alma que se han desprendido y ahora viajan contigo.

Estarás de camino a Hayland y llevarás la radio encendida, justo como he detallado que hicieras. Sé también que estarás maldiciéndome con todas tus fuerzas y puede que asumir la

ausencia que te dejó te llevará un poco más de tiempo del que imaginas. Pero eres valiente, Dalía, la persona más valiente de todas las que he conocido, y por eso sabes recomponer aquello que está roto, igual que esa leyenda japonesa que habla sobre el arte del Kintsugi. Un arte que pocos valoran y, sin embargo, todos conocen: la resiliencia. Esta capacidad de hacernos gigantes frente a las adversidades.

Ojalá estas palabras escritas en este diario puedan contarte que yo misma lo he sido durante este tiempo, pese a que esta enfermedad no me haya dado tregua. Ojalá leas a través de mis ojos y vivas lo que yo no fui capaz. Ojalá tengas toda esta vida por delante y que el recorrido de la misma sea un aprendizaje. Quiero que vivas, que sueñes, pero sobre todo que sientas, porque te prometo que la herida de mi partida cicatrizará y el dolor cesará. Déjate mecer por el suave balanceo de la pluma al rozar el papel hasta que solo queden los recuerdos, como estos que he escrito para ti... para siempre.

Ojalá encuentres lo que buscas y Hayland sea solo el comienzo.

Con amor,
Iris

HAYLAND. FRECUENCIA: 92.20. HORARIO: 8:00 A.M.

[Finaliza la sintonía y entra locutor]

OWEN:

Buenos días, Hayland.

Hoy tan solo merecemos un día caluroso y una buena taza de café después de la última temporada de lluvias. El señor Montes sigue recordándome que sus helados también cuentan como desayuno.

Por el contrario, si prefieren continuar con el azúcar de siempre, la cafetería Serendipia celebrará hoy su ya reconocida competición de postres.

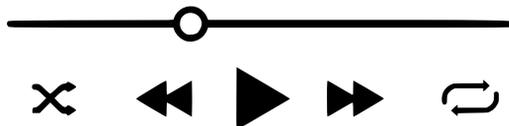
Les recuerdo a nuestros oyentes que intentar sobornar al jurado no servirá de nada. Tome nota, señora Harrison.

[Se escuchan voces desde el exterior]

Sí, amigo, ya sé que andas enfadado ante la última derrota del equipo...

...y, a continuación, Scott Ryan con las noticias deportivas.

THE LA'S – THERE SHE GOES



CAPÍTULO 1

Serendipia



Hacía una hora que había llegado al pueblo de Hayland y al fin había encontrado un hostel asequible donde alojarme: la hostería de los Flerch. Había aterrizado de madrugada y más tarde el endemoniado coche de alquiler me había dejado tirada a mitad de camino.

La suerte no me había acompañado en aquella decisión, de eso ya me daba cuenta. Advertí que mi amiga ya debía estar recordándomelo desde algún lugar de ahí arriba. Imaginé su larga y rubia melena cayendo a ras del hombro, y a ella blasfemando a gusto mientras sus ojos celestes se elevaban en alto. Quería creer que los cajeros automáticos de Hayland, el pueblo de Iris, no supondrían demasiado desafío, pero naturalmente me equivocaba como en todo lo que concernía a ella. El pasado de mi mejor amiga había sido un misterio, casi imposible saber a ciencia cierta si todo lo que contaba había sido real o mera fantasía. La soledad siempre la había embargado hasta convertirla en una persona inalcanzable.

A veces, solía comparar a Iris con una bomba de relojería: sinuosa y desapercibida, pero explosiva y destructiva. Todo lo que ella decía o escribía tenía indudable efecto en los demás. Todavía recordaba el momento exacto en que la había conocido, hacía dos años, en aquel curso de iniciación a la escritura que tanto nos había cambiado la vida después. Ambas habíamos compartido historias

ficticias y también habíamos encontrado alma a través de las palabras. Esa misma esencia que se escondía tras cada letra que mi mejor amiga había escrito meses antes de que aquella enfermedad se la llevara para siempre. Y después de su muerte me había dejado una carta y un diario como herencia. Además de una promesa que ahora intentaría cumplir: la de regresar a su pueblo natal y encontrar la inspiración en aquel lugar para así escribir la historia que, según ella, me cambiaría para siempre.

No estaba segura de que fuera a ocurrir todo esto, pero se lo debía. Tal vez por esta razón había invertido mis ahorros y los había depositado a corto plazo en Hayland durante los tres meses de verano que pasaría recorriendo sus calles y conociendo el hogar del que Iris no había podido desprenderse del todo. Al fin y al cabo, el proyecto final del Máster de Escritura Creativa me exigía la entrega de una novela, y de ser lo suficientemente buena, podría también publicarla bajo el sello de una de las editoriales más respetadas.

«Tú escribes para contar historias que tal vez ocurran en un futuro. Yo escribo para deshacerme de esas mismas historias que no pueden ser contadas de otra forma. El pasado es una línea recta que nunca se curva y es por esto que hay que aprender a recorrerlo», recordé las palabras de Iris y supuse que era la metáfora de aprender a aceptar las cosas como ocurrían. Y su propia muerte debía ser una de ellas.

Había pasado ya un año desde que se había marchado, y en todas y cada una de las noches que habían transcurrido después, siempre me había preguntado una cosa: ¿podría haber hecho algo más? Aquella enfermedad había entrado sigilosa por su cuerpo y la había apagado día tras día, sin darnos un rayo de esperanza alguna. La había visto llorar, gritar y aceptar su final en aquel piso compartido que juntas habíamos convertido en un templo de inspiración para nuestros relatos. Esos mismos escritos de los que Iris había formado parte como personaje activo y que soportaban las terribles decisiones del cruel destino. En todos ellos, Iris había sido esa

heroína que siempre mantenía la duda hasta el final. Iris, la misma que había alumbrado tanto y en tan poco tiempo. Su luz se había extinguido igual que el rumor de las olas al golpear las rocas, y no había sido hasta el momento en que vi aquel Muelle de acero que rugía contra las embestidas de la marea cuando comprendí lo mucho que la echaba de menos.

—Acabemos con esto —musité, y recogí el diario de Iris del salpicadero.

Salí del vehículo y me di de bruces con la heladería del señor Montes en la esquina central de la avenida Octavia. Iris ya había escrito sobre ella y también me había alertado de que estaría repleta de clientes desde primera hora de la mañana. Miré el reloj de forma distraída y pronto fui consciente de las miradas curiosas que ya recibía desde el cajero.

—Genial, ahora seré la comidilla del pueblo.

Me mentalicé de que Hayland no acostumbraba a presenciar que una chica de ciudad, y de grandes ojos verdosos, hubiera obstaculizado el tráfico en sentido contrario. Pero lo que no sabía el pueblo de Hayland es que la chica que minutos antes había atizado con un efímero pero certero golpe a la máquina se había tirado más horas de las permitidas al volante.

Resoplé en alto y estrujé el cuaderno contra mi pecho. Me había llevado tiempo poder abrir las hojas de aquel diario. Los primeros meses no había podido hacerlo, ya que había tenido la vaga sensación de que en cualquier instante descubriría algo para lo que no estaba preparada, igual que en esas galletas de la suerte en las que nunca se sabía a ciencia cierta si tocaría la lotería o recaería sobre ti una maldición. Tal vez por esto había meditado las posibles alternativas después de encontrar la carta de Iris.

En un primer momento, me había negado cualquier responsabilidad en el asunto e incluso había guardado el cuaderno de vuelta en el cajón de su escritorio. Meses después había vuelto a saber de él gracias a la mudanza y no había tenido más remedio que desenterrar los remordimientos y enfrentarme a las palabras de mi

amiga. No había sido fácil. Iris me había regalado la oportunidad de leer su historia y también de vivirla, de igual modo que el aroma a salitre que se respiraba en cada palabra escrita, y que ahora yo comprobaba en persona. El sonido del mar y los rostros de los que tiempo atrás habían sido sus vecinos, los mismos que ahora me rodeaban. Y así lo había escrito:

Respiro la brisa veraniega que se mezcla con el jazz de los músicos en la avenida Octavia y escucho la melodía que vibra a su paso. Hay luz y música en estas calles llenas de vida y paz. Hayland siempre me arropa como la serena guardia del faro en la noche y cuyo destello solo ilumina una mitad del mar en calma. Echo de menos este pueblo cada vez que me voy. Los helados del señor Montes son mi placer culpable y recurro a ellos cada vez que necesito tomar una decisión. Puede que el de pistacho me ayude ahora.

Tomé nota del helado de pistacho, el favorito de Iris, y cerré el cuaderno cuando llegó el momento. Suspiré en alto una vez más y me maldije por haber creído que aquello era buena idea. «Todo el mundo miente en su currículó, Dalia», me repetí. Al fin y al cabo, si quería conocer la historia de Iris, necesitaba conocerlas a ellas: a sus hermanas. Había desechado la posibilidad de enviarles una carta explicándoles la razón por la que estaba en Hayland, y no era más que la de escribir la novela que le había prometido a Iris. «Es la única opción —me recordé—. Además, no puedes venir a Hayland e irrumpir en la vida de estas chicas de esta forma tan egoísta, sin ni siquiera saber si desean conocerte o si quieren seguir manteniendo vivo el recuerdo de Iris». Después de todo, no sabía nada acerca de lo sucedido entre las hermanas, únicamente que Iris había abandonado el pueblo años antes para no regresar nunca más.

Por esta razón me encontraba en aquel remoto pueblo que apenas podía localizarse en el mapa, con una maleta de oferta comprada en una tienda de recuerdos y con la única certeza de saber que cumpliría la promesa de Iris. Para ello necesitaba pasar tiempo en aquel pueblo, rodearme de su gente, vivir lo que tiempo atrás Iris hizo suyo y, sobre todo, mirar a mi amiga desde un nuevo ángulo, el mismo que me ayudara a recordarla como merecía. Me había arrojado al mar sin salvavidas y ahora me dejaría llevar por unas olas que en ese instante se materializaban en forma de cafetería.

Destensé los hombros y me enfoqué en pasar aquella entrevista de trabajo. Observé una vez más la fachada de la cafetería, que poseía unas increíbles vistas al Muelle de Hayland, y recordé que había incluido en el currículum mi excelente, y hasta el momento, desconocido talento para la repostería. El mismo arte culinario responsable de que pudiera entrar en aquel santuario tan especial para Iris y para el que me había convertido en candidata a un puesto de camarera. ¿Tenía fisuras mi plan? Muchas.

—La suerte te espera ahí dentro.

Me giré en redondo y recordé que ya había visto antes a aquel hombre. El camarero de estiloso bigote se había percatado minutos antes de mi absoluta fijación hacia uno de los postres que comía una señora regordeta desde el ventanal de afuera. El hombre se encontraba limpiando las cristaleras exteriores cuando me había relamido con más ímpetu del esperado. Nadie podía culparme por ello: estaba hambrienta, soñolienta y apenas tenía dinero en efectivo, a menos que arreglaran el único cajero automático que parecía existir en aquel pueblo.

—¿Disculpa?

—*Serendipia*. —Me señaló el cartel mientras leía en voz alta como si quisiera revelarme el secreto más oculto del mundo. Quise decirle que ya lo había descubierto mucho antes que él y que no había nada de hallazgo en que me encontrara allí.

—Es un bonito nombre.

—En ocasiones hallamos algo distinto a lo que pretendemos encontrar en un comienzo. Todo el mundo te dirá que no es así, pero Cristóbal Colón descubrió América cuando tan solo trataba de llegar a la India —me explicó el hombre, que iba ataviado con un delantal blanco a mitad de la cintura sobre el uniforme negro—. Tú, por ejemplo, acabas de toparte con esta cafetería cuando tal vez no tuvieras intención de hacerlo. Aquí decimos que ha sido «cuestión de *serendipia*».

—Intuyo que he tenido suerte —murmuré.

—¿Entras entonces, jovencita? —me preguntó, y me sostuvo la puerta con la mano que no tenía ocupada con los utensilios de limpieza. Asentí, agarré el equipaje entre mis manos y entré al fin en aquella cafetería—. Puedes sentarte en una de las mesas del fondo, en breve te atenderá mi compañera. Si es que la pillas de buen humor...

—Gracias.

El camarero soltó aquel chiste privado y desapareció de mi vista entre el ajeteo mañanero que se palpaba en el ambiente. Me quedé allí de pie y me maravillé.

Serendipia cobraba vida ante mí a medida que avanzaba hacia las cristaleras del fondo y musité algo inentendible cuando logré sentarme en la mesa sin dejar de contemplarlo todo con asombro. Me habían contado tantas anécdotas de aquel lugar, el hogar de Iris, el único que había despertado en mi amiga una expectación sin igual imposible de olvidar. Y allí estaba, materializándose frente a mí como un espejismo. Supuse que aquello era lo que debía haber sentido Harry cuando observó por primera vez el castillo de Hogwarts.

Había lámparas en forma de postres colgadas de las paredes y las luces caían perpendiculares sobre las mesas que se distribuían de manera aleatoria por todo el espacio: tartas de queso, de manzana e incluso de zanahoria empapaban de luz todo el lugar. Las enormes ventanas, las mismas que había limpiado el camarero minutos antes, ocupaban la parte del extremo donde podía

admirarse el Muelle de Hayland. Me fijé en el acogedor escenario situado al fondo y vi una impoluta barra triangular cortada por los vértices y custodiada por una frase que ocupaba toda la pared, como un recordatorio de lo que sería mi vida en aquel pueblo más adelante:

«La suerte te encontrará cuando menos la busques»

Las dos camareras que había visto ya desde el exterior iban uniformadas con un traje negro que tenía una ese de color ocre en el bolsillo delantero. Movían sus cuerpos al ritmo de la clientela, servían dulces, recargaban la máquina de café y secaban los cubiertos con diligencia, pero no había en ellas una señal de disgusto. Se notaba la pasión que dedicaban a su trabajo. Me quedé ensimismada al verlas y pensé que aquel lugar tenía el ajetreo más bonito del mundo, tal y como me lo había descrito Iris. Imaginé que algunas cosas no debían cambiar pese al tiempo.

Y, en el transcurso de lo que imaginé que duraba un suspiro, me encontré de lleno con unos ojos que conocía realmente bien. Los mismos que no había vuelto a ver desde hacía un año. Aquel cielo despejado en el que me había reflejado infinidad de veces.

El vivo retrato de Iris me devolvió el gesto con cierta impaciencia. La mirada de mi mejor amiga impregnada en la de aquella chica que me observaba en aquel instante: las mismas cejas finas, rectas y uniformes, que se alzaron cuando me dedicó una mueca de disgusto. Me fijé en los prominentes labios que destacaban todo el contorno de su cara. Tenía el mismo cuerpo estrecho y bonito, la piel blanca y aquel color dorado de su larga melena tan característico. A excepción de la mirada dura e impenetrable, casi severa, que podía verse en la chica y que la diferenciaba de su hermana. Era indiscutiblemente guapa, como lo había sido Iris.

—¡Al fin llegas! —exclamó con impaciencia, y me echó un vistazo como si pudiera así medir el rendimiento que mi valía le ofrecería al local—. Pensamos que ya no aparecerías.

—He tenido un problema de última hora con el coche —me excusé.

—¿Te ves capaz de comenzar ahora mismo? —me preguntó sin rodeos.

—¿Disculpa?

Me atraganté ante aquello y ella se impacientó todavía más.

—Hoy andamos un poco apurados de tiempo. Has llegado en pleno verano a Hayland y el turismo nos pisa los talones. La cafetería celebra hoy la competición anual de postres caseros y Jasper se ha ofrecido a trabajar en su último día de jubilación para echarnos una mano. De modo que no podemos perder demasiado tiempo en presentaciones.

Intuí que Jasper debía ser el camarero que me había abierto la puerta, el que poseía el mismo bigote de Salvador Dalí y unos amplios conocimientos sobre Cristóbal Colón.

—Menuda bienvenida —apostillé, y recibí su dura mirada de advertencia.

—En la solicitud decías que eras realmente buena con la repostería —me recordó, y quise pensar que la efímera mueca que había dibujado en su boca no tenía nada que ver con la falta de credibilidad que me dedicó ante aquello—. Suerte que hoy sea un excelente día para que puedas demostrarlo.

—El puesto vacante era para camarera, ¿verdad? —indiqué como si ella no lo supiera.

La imagen andante de Iris me sonrió con desdén. Era increíble el parecido entre ambas.

—La competición de postres será la prueba definitiva que deberás pasar si deseas conseguir el puesto, y tu postre representará a Serendipia en el concurso. Si la gente le da el visto bueno, te contrataré. Puedes quedarte por aquí unos momentos y echar un vistazo mientras piensas la receta con la que nos deleitarás a todos —anunció, e hizo un gesto con la mano para que hiciera lo que estaba pidiéndome—. Si no hay más dudas, en unos minutos mi hermana se encargará de explicarte el resto.

Hizo amago de marcharse, pero debió recordar lo más importante.

—Por cierto, si lo haces bien, seré una de tus jefas. Me llamo Flavia —se presentó—.

—Soy Dalia.

—Lo sabemos —soltó con cierta suficiencia—. Lo pone en el currículo.

Estuve a punto de contarle que sabía más de ella de lo que imaginaba, después de todo, la hermana mayor de Iris había recibido aquel nombre en honor a su madre. No obstante, guardé silencio cuando Flavia se marchó y de inmediato saqué el cuaderno, releendo la página por donde lo había dejado antes de entrar a Serendipia. Presté atención a aquellas palabras escritas a mano y volví a leerlas.

CAPÍTULO 2

Chica de ojos verdes



Serendipia es el único recuerdo vivo que queda de mi madre. Las vitrinas barnizadas a mano, el olor a café que siempre la acompañaba y las fotografías colgadas de las baldosas como si fueran obras que tan solo mi familia tuviera el don de apreciar. Me encuentro observándome de manera extraña a través de ellas. La imagen de una chica a la que ya no reconozco rodeando entre sus brazos a una mujer alta, de pómulos prominentes y sonrisa celestial. "La suerte te encontrará cuando menos la busques", la frase todavía sigue en el fondo a la vista de la clientela. Quizá mi madre tenga razón al final: la suerte la encuentra quien menos la busca. Tal vez por eso llamó a este lugar Serendipia. Incluso pienso que es cierto, que este lugar es el refugio donde sentirse siempre a gusto».

Pasé las hojas del diario de Iris entre mis dedos y lo cerré en cuanto Flavia vino a mí de nuevo para entregarme aquel delantal. Pestañee una vez más al verla y la chica me observó con cara de extrañeza.

No me sorprendí al recibir la mueca de disgusto que me lanzó, ya que estaba acostumbrada a las que Iris me dedicaba cuando le robaba sus cereales y me fulminaba sin contemplaciones. Sobrevivir al despertar de mi amiga había sido como accionar el estado de emergencia permanente durante las mañanas. Jamás había conocido a una persona con tan mal despertar.

De vuelta a Serendipia, escuché a Flavia mientras repetía las normas de la competición de postres y pensé cómo diantres saldría del lío en el que tan gustosamente me había metido yo solita. Una cosa era fingir que no conocía a su hermana y otra bien distinta era aparentar un don culinario que no poseía. No obstante, si quería estar cerca del lugar donde Iris había nacido, debía conseguir el trabajo en aquella cafetería.

—Dale un respiro, Flavia —intervino de pronto aquel chico que permanecía sentado en la barra. Por sus palabras adiviné que había oído toda la conversación en silencio.

Tenía un libro entre sus manos que releía con aire desenfadado y sin levantar la vista hacia nosotras. Algo que estaba leyendo debía estar causándole verdadera gracia por el modo en que su mirada no perdía atención de las páginas. Me percaté de que sus dedos se habían detenido de manera distraída en su corta melena y los había colocado hacia atrás, despejándose la frente.

—No puedo hacerlo —se quejó Flavia.

—Si no lo haces, estoy seguro de que cogerá esa maleta y se marchará por la puerta en cuestión de minutos.

—Dudo que lo haga —le rebatió ella, y luego me miró de reojo—. Tiene que necesitar realmente el dinero para quedarse en este pueblo durante todo el verano.

Tuve la intención de responder a las insinuaciones que aquella chica vertía contra mi presencia cuando mi estómago rugió con fuerza.

—Y, al parecer, también necesita comer —objetó el chico, y rompió a reír, para después alzar la vista de su libro. Tenía unos ojos intensos, de un color verde azulado, y una nariz fina que resaltaba

aquella cara atractiva que ahora me devolvía la mirada con curiosidad. Las comisuras de sus labios se elevaron de un modo intuitivo al verme—. Bienvenida a Serendipia, chica de ojos verdes.

De no ser por la repentina llegada de aquella nueva camarera, estuve segura de que me habría quedado como una completa idiota frente a su sonrisa.

—¡Has venido! —expresó con una alegría desbordante la otra hermana de Iris—. ¡No puedo creer que la superrepostera esté aquí al fin!

No cabía duda de que aquella risueña chica era Nina, la hermana pequeña. Su genuina sonrisa había sido descrita en cada personaje que Iris había creado en sus relatos.

—Ni yo tampoco, créeme —murmuré, más para mí misma que para ella.

Nina soltó una carcajada que resonó por toda la estancia y de pronto recordé lo que ya sabía de aquella chica de melena rubia y ojos azules, similares a los de sus hermanas. El último relato en el que había leído acerca de Nina, esta no era más que una adolescente y por ese entonces Iris la había descrito acorde a su edad. La de alguien que no había parado de cometer imprudencias, sobre todo, en lo referente al género opuesto.

En cambio, la Nina que estaba frente a mí en este instante parecía distinta. Había un rastro maduro en sus delicadas facciones y debía estar cerca de cumplir la mayoría de edad. Podía apreciarse en ella la intencionalidad de un cambio, al igual que un escritor cuando creaba un personaje y daba pinceladas sobre lo que se convertiría en más adelante.

—Me llamo Nina y soy tu otra jefa. Flavia y yo leímos tu carta de presentación. Si no recuerdo mal, mencionabas en ella que habías ganado varios certámenes. —Palidecí de pronto y recordé que el verbo exagerar se había quedado corto cuando había inflado mi endiosada vida laboral—. Me temo que Serendipia no tiene ninguna estrella todavía, pero apenas nos hace falta, ya que cada noche las observamos todas desde la terraza.

Sonreí ante el chiste. Al menos, Nina era más simpática que su hermana mayor.

—No te entretengas, Nina, ya sabes que hay trabajo —le indicó Flavia.

Nina asintió, me agarró del brazo y me guio hasta una de las mesas que habían quedado libres, más cercana al interior de la cafetería. Me invitó con gesto amable a sentarme junto a ella y agradecí que me hubiera alejado de Flavia.

—Hayland es un pueblo tranquilo, y aunque vivimos prácticamente del turismo, nadie se había mudado aquí desde hacía años. ¿Has encontrado ya hostel? Podemos ayudarte a buscar una casa asequible o incluso puede que los padres de Zora estén interesados en alquilar una de las habitaciones de su apartamento. Ya verás, será genial vivir aquí.

—¿Quién es Zora? —quise saber, e intenté mantener el hilo de sus palabras.

—¿Es que Flavia no te ha presentado a nadie? Somos cuatro trabajando en Serendipia y con suerte lograremos ser cinco si mi hermana no te ahuyenta antes, igual que hizo con los candidatos anteriores. Lo cierto es que necesitamos de alguien que cubra el puesto de Jasper ahora que este nos deja —explicó Nina, y señaló a la camarera de pelo extravagante de pronto.

Le eché un fugaz vistazo. Dos cascadas de diferentes tonalidades caían por su cara en forma de ondulados mechones. Por el perfil izquierdo podía observarse el color cenizo y por el derecho se intuía el azabache intenso. Era cuanto menos atractiva e insólita y parecía estar decidida a sacarles brillo a todas las mesas de la cafetería.

—¿Ella es Zora?

Nina asintió.

—No te acerques a ella por las mañanas, ya que es probable que muerda. Luego, el chico que viene hacia nosotras es Owen y es nuestra mina de oro.

—Por esta razón deberíais subirme el sueldo —dijo el chico de la barra, y me sonrió de manera encantadora a medida que se

presentaba—. Soy Dylan Owen. El mismo que va a ayudarte a que Flavia no te descuartice en tu primer día de trabajo.

—Técnicamente, estoy en fase de prueba.

—¿Es que no confías en conseguir el puesto?

—¿Por qué debería tener la autoestima tan alta?

—Por tu postre, naturalmente —se jactó con aquella expresión divertida, mientras le lanzaba una mirada cómplice a Nina—. Ese que tendremos el privilegio de probar hoy.

—Es pan comido para Dalia, bobo —me defendió Nina, y se deslizó por el asiento para ponerse en pie y ofrecerme su mano—. Ahora acompáñame y te enseñaré el resto.

Minutos más tarde, me encontraba enfundada con el uniforme negro de Serendipia. Nina me había indicado el camino hasta el almacén para explicarme un par de cuestiones que debía tener en cuenta si lograba ser contratada en la cafetería. El cuerpo de la chica había serpenteado entre los salientes estantes con pasmosa agilidad mientras me explicaba dónde podía encontrar los recambios de las servilletas, los manteles y las bebidas. Me había enseñado también los grados a los que debía permanecer el refrigerador para que los productos no se dañaran y me había recordado la exigente puntualidad a la que Flavia los sometía a todos cada mañana.

—Estoy convencida de que serás nuestra nueva compañera —me aseguró con alegría.

Fue en ese instante cuando comprendí que Nina daba por sentado que me contratarían después del concurso de postres. Y no supe si abrazarla o apiadarme de ella por ser tan inocente.

—Mi hermana quiere mantener la esencia de Serendipia igual que en su tiempo lo hizo nuestra madre. —Sus ojos azules, más oscuros que los de Flavia, se llenaron de una emoción desmedida—. Nos ha costado bastante esfuerzo mantener a flote este negocio después de su muerte y Flavia necesita ver una implicación por parte de todos los que estamos a bordo de esta cafetería.

De pronto, el grito de su hermana llegó nítido a nuestros oídos:

—¡Deja de entretenerla, Nina!

—Es un poco cascarrabias —rio esta—. Te acostumbrarás a ella.

—Estoy segura... —ironicé con aquel chiste privado.

—Flavia estará vigilándote todo el tiempo, así que procura relajarte ahí dentro, aunque Owen te echará una mano en todo lo que necesites.

—Supongo que no puedo negarme.

—Este año tenemos la responsabilidad de que todo salga a la perfección. Es la tercera vez que Serendipia organiza el concurso de postres y sería maravilloso que al fin ganemos algo más que el sexto premio —anunció con esperanza.

—Menuda tranquilidad acabas de darme.

—Deberías tenerla después de ese currículo. Más de uno aquí mataría por él.

—Yo sería una —murmuré sin que Nina se enterara de ello. Esboqué una sonrisa fingida y supe que iría derechita al mismo infierno al salir de allí.

De vuelta en la cocina y una vez a solas, no supe qué esperar de aquella situación. Ya lo presagió Murphy una vez: si algo podía salir mal, de seguro lo haría. La ciencia siempre parecía tener la última palabra y no iba a cuestionarla. Medité de nuevo las posibilidades y comprendí que debía elaborar un postre lo suficientemente exquisito como para dejar anonadados a los comensales del concurso. ¿A quién demonios pretendía engañar? Iban a echarme de Serendipia con una patada en el trasero en cuanto descubrieran que no sabía hacer ni una triste tortilla de patatas.

—¿Estás lista, chica de ojos verdes?

Aprecié el destello de aquella sonrisa que parecía estar divirtiéndose a mi costa cuando me encontró derrotada sobre la encimera y ensimismada en mis propias cavilaciones. Me incorporé con gesto fingido y aparenté que sabía bien lo que estaba haciendo, para luego agarrar lo primero que encontré a mi paso. Segundos después, entendí por el modo en que Dylan me miraba que sostenía una especie de lapicero y, a decir verdad, era bastante útil para

arrojárselo a la cabeza. Observé la pequeña cicatriz que recorría la curvatura de su ceja, la misma que en ese instante había quedado cubierta por un mechón de color castaño.

Él sonrió y se llevó las manos a la cara mientras se dejaba caer con los codos apoyados sobre la encimera. Vi el brillo de expectación en sus ojos por verme en acción.

—¿Has pensado ya qué postre vas a presentar?

—Tarta de chocolate —respondí de forma automática—. Sencilla pero efectiva.

En su mirada se pudo apreciar un resquicio de humor sin igual.

—Ya celebramos el concurso infantil el año pasado y me temo que deberás buscar algo menos *complicado* —recalcó la última palabra con sorna. Después, se cruzó de brazos a la espera de mi siguiente movimiento.

—Veamos... —murmuré sin saber qué diantres hacer.

Me mordí el labio. Tan solo necesitaba aparentar lo suficiente hasta que uno de los dos terminara confesando lo que realmente sucedía en aquella cocina. El hecho de que no tuviera idea de hacer una tarta parecía una confirmación más que innegable para él, pero aguantaría como una campeona hasta que no tuviera más remedio que confesarlo en alto.

El ruido de la clientela me sacó de mi ensimismamiento e imaginé que la cafetería debía estar comenzando a llenarse de gente para el concurso.

—¿Por qué tengo la sensación de que harás algo que no espero? —preguntó entonces, sin perderme de vista ni un segundo. Al parecer, que hubiera almacenado una bandeja repleta de frutos secos hasta que supiera bien qué hacer con ellos estaba llamando toda su atención. Eché un vistazo al reloj de cuerda colgado en la pared de enfrente y calculé el tiempo aproximado que me quedaba de sufrimiento.

—¿Por qué tengo la impresión de que lo estás pasando en grande?

—Me provocas curiosidad. —Pronunció aquello con lentitud y percibí de reojo que se había colocado a escasos centímetros de

mí, disfrutando de lo lindo con mi tortura—. He oído una historia bastante interesante cuando la señora Harrison ha entrado traumatizada en la cafetería hace un momento. Jamás la habíamos visto así...

—¿Qué le ha ocurrido a esa pobre mujer? —saticicé.

—Afirma haber visto a una jovencita muy desvergonzada de ojos verdes esta mañana, la misma que habría destrozado el único cajero automático que tenemos en Hayland. Todo el mundo anda buscándola ahora por lo que se ve.

—Puede que esa jovencita desvergonzada tan solo estuviera hambrienta —apostillé, a medida que batía los huevos y la harina con fuerza—. Además, deberíais saber que tener un solo cajero atenta contra toda vida cívica. Ahora deja de incordiarne, por favor.

—¿Te molesto? —preguntó con un deje divertido.

Aquel listillo me ponía nerviosa.

—Todo el mundo sabe que hay que cocinar con amor para que los platos salgan bien.

—El amor no te salvará el pellejo hoy —predijo, y observó la mezcla con descarada diversión.

Me armé de paciencia para no decirle cuatro cosas.

—¿Es que eres repostero profesional?

—Digamos que llevo suficiente tiempo trabajando en este lugar como para distinguir cuando algo saldrá bien, y esa masa tiene la misma consistencia que tu credibilidad.

Se puso en pie y dio un paso hacia adelante echando un vistazo con más detalle. Dylan pareció querer decir algo de pronto, pero Nina asomó la cabeza por la puerta de servicio y me guiñó un ojo al comprobar que estaba cocinando.

—Te necesito, Dylan. Magnolia Reynolds quiere presentar dos tartas al concurso y no acepta una negativa por respuesta. —Luego, volvió a desaparecer.

El chico me lanzó una última mirada y se encaminó hacia la puerta, no sin antes añadir una última opinión al respecto antes de salir de la cocina:

—Presiento que el concurso de este año no será tan aburrido después de todo. —Esbozó una risa poco disimulada—. Prueba a echar levadura primero.

«Listillo».

Minutos después, me arrepentí de no haberle preguntado la cantidad exacta que debía poner. La ingente cantidad de levadura que había vertido sobre la mezcla había tenido la misma reacción que el impacto de una onda explosiva contra la Tierra. El glaseado no podía resistir la consistencia y se había agrietado. Me encontraba solucionando el desastre cuando la camarera de pelo extravagante entró en la cocina y me dedicó una mirada incrédula. Recordé que se llamaba Zora.

—No te muevas —supliqué por lo bajo al intento de tarta que tenía entre mis manos, y amortigué la inestable base de chocolate que amenazaba con caer al suelo y, de paso, manchar todo a mi alrededor. A escasa distancia, Zora me echó un vistazo con horror y supe que debía estar pensando que me había confundido de certamen.

—No me extraña, chica —dijo—. Eres el terror de las galletas.

—No entiendo qué ha pasado —me excusé de manera teatral. Por supuesto que lo sabía: la cocina precocinada se mantenía en auge por personas como yo.

—Pensaba que Owen bromeaba, pero ya veo que lo decía en serio.

Zora me instó para que la acompañara y me aparté de aquel intento de tarta, dejándola en una de las encimeras libres de la cocina.

—El tiempo ya ha finalizado, repostera. Apártate de esa *cosa* antes de que pueda hablar y te denuncie. Flavia no quiere que los vecinos crean que estamos dándote trato de favor, aunque viendo el resultado no seguirá pensando esto —satirizó.

La seguí por el estrecho pasillo lleno de cuadros hasta llegar de nuevo al ajetreo de la cafetería. Zora avanzó hacia una mesa libre y comenzó a limpiarla a medida que cargaba con los vasos que había en ella.

—Siéntate aquí antes de que la señora Harrison se apropie de todas.

—¿Quién es la señora Harrison?

—Alguien a quien no querrás atender tan pronto, créeme.

De repente, me acomodé en el asiento y me vi envuelta en una bruma atrayente de musicalidad que invadió el ambiente cuando una voz grave y rasgada comenzó a cantar. Hubo algo en el modo en que su voz calmó de pronto todos mis sentidos, una emoción oculta que nos hizo enmudecer a todos de manera instantánea. Incluso Zora había parado de hablar mientras le oía cantar. Aquella voz era hipnótica, abrumadora y de una intensidad desbordante como las que solían oírse en los viejos vinilos de mi padre.

Había oído que la música siempre regresaba como si estuviera predestinada a estar con nosotros y tal vez aquella canción lo estuviera. La letra era bastante significativa y hablaba sobre el dolor de recordar a alguien que nos había dejado una herida en su partida. Supuse que así era como Dylan Owen recordaba a la chica que había roto su corazón y se había llevado los pedazos consigo.

Pensé que podría llevarme aquel momento conmigo, incluso aunque no me contrataran en Serendipia y a pesar de que mi plan se hubiera ido al traste. Supe que había merecido la pena llegar a Hayland tan solo por estar oyéndole. De seguido, los ojos de Dylan me encontraron entre la multitud y una sonrisa afloró en su expresión mientras aquella luz que podía verse a través de ellos me cegaba de nuevo.

—¿Por qué está mirándome de ese modo? —pregunté.

—Porque es Dylan Owen y puede hacerlo. Todo el mundo sabe la verdadera razón de por qué Serendipia mantiene la clientela durante todo el año. —Zora agitó la cabeza en su dirección—. Parece que te acabas de convertir en su nuevo reclamo, buena suerte con ello.

—¿Buena suerte? —repetí con confusión.

—Me temo que ahora ya no podrás marcharte de este pueblo.